

REGIONALISMO E IBEROAMERICANISMO EN MIGUEL ARCE

REGIONALISM AND IBEROAMERICANISM IN MIGUEL ARCE

Roberto Kaput González Santos¹
(UANL)

RESUMEN: Parafraseando a John B. Thompson, el discurso del México de Afuera llegó a ser el “marco de referencia estándar que se promovía como la base aceptable y común de intercambio simbólico” entre los diferentes estamentos de la colonia mexicana de San Antonio, Texas, una bullente ciudad industrial en la década de 1920. Si bien el México de Afuera puede considerarse, en general, una de las tantas construcciones discursivas que se oponen o presentan como alternativas a la cultura centralizada del nuevo Estado mexicano, es posible identificar en su interior distintas

¹ Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Nuevo León. San Nicolás de los Garza, Nuevo León, México. Dirección postal: Jacarandas 318, Colonia del Prado, Monterrey, Nuevo León, México. Correo electrónico: robertokaput@gmail.com.

corrientes de pensamiento configurándose, polemizando, desapareciendo o estabilizándose. La división más notoria la encontramos en los desacuerdos en torno a la noción de patria: mientras que los liberales del porfiriato señalan a la patria como el marco de intercambio simbólico dentro de la tradición (Nemesio García Naranjo, José Ascensión Reyes, Teodoro Torres), los nuevos liberales apuestan por el concepto de raza iberoamericana (Miguel Arce, Rodolfo Uranga). El presente artículo ahonda en este debate comentando dos series de artículos firmados por Miguel Arce: “Mi idea patria” (1925) y “El sabor del momento” (1926). El pensamiento de Arce es interesante en la medida en que no sólo rescata una de las manifestaciones del regionalismo porfirista de provincia, reinterpretándolo al contrastarlo con el concepto de patria de un liberal decimonónico como Teodoro Torres; también, llegado el momento, dialoga con el iberoamericanismo de José Vasconcelos.

PALABRAS CLAVE: México de Afuera, nacionalismo, regionalismo, iberoamericanismo.

ABSTRACT: To paraphrase John B. Thompson, the discourse of Mexico de Afuera became the “standard frame of reference that was promoted as the acceptable and common base of symbolic exchange” among the different classes of the Mexican colony in San Antonio, Texas, a bustling industrial city in the 1920s. While Mexico de Afuera can be considered, in general, one of the many discursive productions that oppose or present alternatives to the centralized culture of the new Mexican state, it is possible to identify inside different currents of thought configuring, polemizing, disappearing or stabilizing. The most notorious division is found in disagreements about the notion of patria: while the liberals of the Porfiriato point to patria as the symbolic exchange framework of Mexican heritage (Nemesio García Naranjo, José Ascensión Reyes, Teodoro Torres), the new liberals bet by the broader concept of raza iberoamericana (Miguel Arce, Rodolfo Uranga). This article delves into this debate by commenting on two series of articles signed by Miguel Arce:

“Mi idea patria” (1925) and “El sabor del momento” (1926). Arce’s thought is interesting insofar as it not only rescues one of the manifestations of provincial Porfirian regionalism, reinterpreting it by contrasting it with the concept of patria of a nineteenth-century liberal like Teodoro Torres; also, when the moment arrives, talks with the Ibero-Americanism of José Vasconcelos.

KEYWORDS: Mexico de Afuera, nationalism, regionalism, Ibero-Americanism.

El pensamiento de Arce en el heterogéneo México de Afuera

¿En qué consiste reconocerse como integrante de una nación, se habite o no en ella? ¿Qué mediaciones culturales, emocionales, sociopolíticas intervienen en la formación de sujetos nacionales? Suponiendo que la nación sea una forma de relato, ¿este relato es estático o dinámico? Imagino que habrá más de una respuesta para cada una de estas cuestiones. Las que presento aquí son provisionales y se ocupan exclusivamente de uno de los discursos producidos en el circuito intelectual del México de Afuera.²

El término México de Afuera fue acuñado en 1928 por Rodolfo Uranga, colaborador de *La Prensa*, periódico en español con sede en San Antonio, Texas. Desde su primer número (13/02/1913), el rotativo dio cobijo a las críticas dirigidas contra la Revolución Mexicana. Los gobiernos de Madero, Carranza, Obregón; los ejércitos de Villa, los de Zapata; los ideales de los convencionalistas, las leyes de los constitucionalistas, fueron en su momento presentados como el “ANTI-MÉJICO” (GUISA Y AZEVEDO, 1928, p.3), síntesis a la que llegó Jesús Guisa y Azevedo, colaborador del periódico, doctor en filosofía por la Universidad Católica de Lovaina. Ese México amenazaba con

destruir la patria porfirista, por lo que había que disputarle su ascendencia sobre los lectores de la colonia mexicana radicada en aquel país, tanto o más que a la influencia de la ciudad anglosajona. Uranga, en su columna “Glosario del día”, emplea el término para dirigirse a ese “México flotante” (1928, p.1) que se desprendió paulatinamente de las diferentes etapas de la Revolución Mexicana (1910-1920), un conglomerado variopinto de inmigrantes, refugiados y exiliados que estableció un sistema de alianzas lo bastante amplio y complejo como para incluir también a los mexicoamericanos. Parafraseando a John B. Thompson, el discurso del México de Afuera llegó a ser el “marco de referencia estándar que se promovía como la base aceptable y común de intercambio simbólico” (2002, p. 97) entre los diferentes estamentos de la colonia de San Antonio, entonces una bullente ciudad industrial, sin importar que estos grupos, tanto como los discursos reproducidos por el periódico, fueran heterogéneos. Cuando se le emplea en este estudio, el término alude a un proceso de reconstrucción etnosimbólica, que implica una selección, combinación y recodificación de valores preexistentes, a los que se suman los retos, preocupaciones y lenguajes de la época en que el autor escribe (SMITH, 2001, p. 19-20).

El pensamiento del tapatío Miguel Arce es interesante en la medida en que no sólo rescata una manifestación del regionalismo porfirista de provincia, reinterpretándolo al contrastarlo con el concepto de patria de un liberal decimonónico como Teodoro Torres; también, llegado el momento, dialoga con el iberoamericanismo de José Vasconcelos, construido, como se sabe, sobre el concepto de raza. ¿Cómo se plantearon estos diálogos? ¿Qué supuso ampliar el concepto elitista de patria hacia las regiones? ¿Qué abrirlo a la unión de los pueblos latinoamericanos? ¿Qué sujetos o elementos se dejaron fuera de este sistema de alianzas? Intentaré responder a estas interrogantes consultando dos series de artículos firmados por el autor: “Mi idea patria” (1925) y “El sabor del momento” (1926).

La nueva idea patria de una clase emergente

En *El inmigrante mexicano*, estudio a cargo de Manuel Gamio, encontramos el testimonio de tres de los cinco miembros de la familia Arce, originaria de Guadalajara, Jalisco: el del poeta Miguel Arce; el de su madre, doña Micaela Cruz de Aedo; y el de la que parece ser la menor de sus hermanas, Elena Arce. La entrevista, fechada el 8 de abril de 1927, se llevó a cabo en la ciudad de Los Ángeles por el salvadoreño Luis Felipe Recinos, quien antes de entrar al equipo de trabajo del antropólogo mexicano, reportó para *La Prensa* de San Antonio. Escribe Recinos:

Los miembros de la familia Arce son blancos, originarios de Guadalajara, Jalisco. Desde hace seis años viven en este país. El señor Miguel Arce, poeta tapatío, vivía en unión de su madre, sus dos hermanas y su hermano en la capital de México en los años de la revolución. Trabajó largo tiempo como escribiente de la Secretaría de Guerra. Aunque su puesto era meramente civil tenía el grado de teniente. Muchas veces, dice, lo hicieron uniformarse. Su hermano, que es mayor que él, trabajaba en una casa de comercio. Entre los dos sostenían su hogar. Arce, además, publicaba un pequeño semanario literario en la capital de la República. Llevaba la contabilidad de un comercio español y le sobraba tiempo para sus grandes vaciladas o parrandas. Sus dos hermanas y su mamá se dedicaban a las labores domésticas en su casa. En sus horas de ocio, el señor Arce tocaba la mandolina, era su diversión especial. (RECINOS, 2002, p. 307)

De aquellos años en la capital, sólo se pudo encontrar un texto con la firma de Arce. “En el remanso”, cuento costumbrista ambientado en un pueblo mexicano, aparece en la página 6 de *El Imparcial* el 13 de mayo de 1910, esto es, un año antes de la renuncia de Porfirio Díaz a la presidencia. Comparado con otros intelectuales del México de Afuera, la Revolución no parece haber afectado la carrera y estatus socioeconómico del poeta. Por el contrario, podría

afirmarse que él y su familia pertenecen a los grupos emergentes. Miguel no sólo llega a trabajar como escribiente en la secretaría de Guerra, también dispone de tiempo y contactos suficientes para escribir poemas y publicarlos en *La Prensa* de San Antonio.³ Tan pronto se cansa de esa vida bohemia, “vacilando de una cantina a otra, jugando billar o dominó” (RECINOS, 2002, p. 307), en 1921 consigue que la secretaría de Relaciones Exteriores lo mande al consulado de México en Eagle Pass como canciller de segunda clase. El salario, por modesto que fuera, le permite trasladarse a la ciudad texana en compañía de su familia.

En Eagle Pass recibe la orden de trasladarse al consulado de Nogales, Arizona, esta vez como canciller de primera clase. Las constantes mudanzas en las que se verá envuelto en los siguientes años reflejan el carácter inestable del poeta, pero también las necesidades consulares, los vaivenes políticos en la ciudad de México y la condición flotante de grandes sectores de la población tras el conflicto armado. En este sentido, el destino de la familia Arce es característico de la época: el año en el que Miguel vivió en Nogales su familia permaneció en Piedras Negras hasta que el hermano mayor encontró trabajo en San Antonio. La familia podía separarse pero la tutela de los hombres sobre las mujeres era férrea. En una de sus columnas el tapatío define la caballería que debe reinar en el hogar citando a Antonio Zozaya: “El hombre no tiene derecho a lo indispensable mientras la mujer no disfrute de lo superfluo” (ARCE, 1926e, p. 11).

Nueva orden de traslado, esta vez a Filadelfia, a donde se traslada con Elena, su hermana. En esta ciudad escribe de fijo, se disciplina: “Allí ya no parrandeaba yo tanto como antes. Primero porque las condiciones eran distintas. Segundo por la prohibición y por sobre todas las cosas, por respeto a mi hermanita” (RECINOS, 2002, p. 308). Miguel gana entonces un concurso de poesía convocado por la Asociación de Periodistas de Santander, España, con un soneto dedicado a la reina. En este lugar también escribe

¡Ladrona!, que es saludada por Teodoro Torres como “el único esfuerzo serio y bien logrado de la última generación: lo único destinado a vivir; a no pasar inadvertido” (*LP*: 3, 10/12/1924) y por Victoriano Salado Álvarez como “la novela del año no sólo por lo que representa sino por lo que promete” (TORRES, 1924, p. 3). Este libro habría de convertirse en uno de los caballitos de batalla de *La Prensa* y Casa Editorial Lozano, toda vez que en un momento de necesidad su autor vendió los derechos comerciales al director del periódico (RECINOS, 2002, p. 309).

Esta disciplina de trabajo se ve interrumpida con la orden de trasladarse a Nueva York, en lo que parece ser el punto más alto de la carrera consular del joven tapatío. Elena Arce, quien parece ser la más adaptada a la vida estadounidense, evoca aquella temporada: “Allá tuve yo muchas amistades, especialmente gente de Europa, muchachos y muchachas que conocí en la escuela nocturna a la que íbamos todos juntos a aprender inglés. Todos [...] me invitaban a pasear y yo salí con ellos, nunca me faltaron al respeto en ningún sentido. Como es ciudad grande nadie se fija en uno ni lo critica” (RECINOS, 2002, p. 311). Esa breve temporada en que los dos jóvenes se dedicaron al estudio y la vida en sociedad termina con una intriga amorosa de la que sólo se saben los generales. Declara Miguel: “la vida agitada, intensa que se hace allí la verdad que no me gustaron. Estuve a punto de casarme allí con una de las hijas del cónsul mexicano local, pero temí no hacer un buen matrimonio. Entonces decidí hacer gestiones para que me trasladaran a San Antonio, Texas, pues en ese lugar se encontraba mi familia” (RECINOS, 2002, p. 308). Las contradicciones de estas dos confidencias son notorias: el parrandero Arce recula frente a la posibilidad de hacer un mal matrimonio; su hermana, nacionalista ferviente según declaración propia, prefiere la indiferencia de las grandes ciudades a la férrea tutela “al estilo de los pueblitos chicos de México” (RECINOS, 2002, p. 312) que priva en San Antonio. Ambos encarnan, me parece, los corrimientos de una clase media al mismo tiempo moderna y sentimental.

En una pequeña nota de la sección “Sociales y personales”, *La Prensa* informa el regreso de los hermanos a San Antonio: “Ayer llegó a esta ciudad el novelista y poeta mexicano Miguel Arce, quien el sábado próximo tomará posesión de su empleo en el Consulado General de México en esta ciudad” (SA, 1925, p. 10). Como ya se mencionó, Miguel es recibido como una joven promesa de la novelística mexicana. Más allá de los méritos de *¡Ladrona!*, en los comentarios de Torres y Salado Álvarez puede advertirse la intención de delimitar un campo literario opuesto y autónomo al que se articula en la ciudad de México.

En la capital del México de Afuera el poeta forma parte de la directiva del Grupo Cultural Evolución, celebra lecturas en el domicilio materno y retoma las correrías: “Como en dicha ciudad abunda el licor es poco perseguido por los prohibicionistas, tuve oportunidad para parrandear mucho” (RECINOS, 2002, p. 309). Ya fuera por su afición a la bebida o por la cercanía con los intelectuales del periódico Lozano, su trabajo consular se ve afectado, de otra manera no podría explicarse la petición de traslado interpuesta por el cónsul mexicano: “A causa de mi espíritu amplio y abierto y de que andaba yo con toda clase de amigos, el cónsul, que me había confiado los asuntos más secretos e importantes, luego pidió que me mandaran a otra ciudad y recibí órdenes de irme a Kansas City, Missouri” (RECINOS, 2002, p. 309). El hermano se queda sin trabajo y parte a Houston. Miguel parte a la ciudad del Medio Oeste. La madre y las hermanas permanecen en San Antonio. ¿Será esta una de las razones detrás de la venta de los derechos de *¡Ladrona!* a Ignacio E. Lozano? El entrevistado no lo aclara, todo lo que señala es que fueron tiempos difíciles.

La etapa en Kansas City corresponde, me parece, a la madurez creativa e intelectual de Miguel Arce. En esta ciudad, donde permanece cerca de nueve meses, escribe *Sólo tú*, “novela sobre costumbres mexicanas” (RECINOS, 2002, p. 309) con la que gana el concurso de autores de novelas mexicanas abierto por el diario

metropolitano *El Universal*. Ahí, también, da inicio a la columna “El sabor del momento”, de marcada vocación iberoamericanista. La simpatía del poeta por esta corriente de pensamiento, que en su caso se remonta hasta Rodó, pudiera deberse al carácter emergente de su clase social, al discurso vasconcelista o a una combinación de ambos. Lo cierto es que del poeta romántico de 1920 al iberoamericanista de 1926 hay una diferencia notable. Este tránsito intelectual, que no deja de acusar contradicciones, sobre todo en su rol de novelista, pudo haber sido estimulado por su trabajo consular. Este discurso lo aparta del liberalismo decimonónico que profesan Teodoro Torres y Victoriano Salado Álvarez, compañeros de profesión con quienes discute a menudo. En las tres entregas de “Mi idea patria”,⁴ Arce sostiene una polémica con el autor de *La patria perdida* desde su reciente retiro en la ciudad de Kansas. Por su tema, fecha de publicación y lugar en que fueron escritos, estos artículos pudieran considerarse el germen de la columna dominical “El sabor del momento”. Con el propósito de establecer intereses y diferencias entre dos modelos de letrados que coincidieron en las páginas del periódico Lozano, antes de ocuparme de la columna de 1926 quisiera ocuparme de la polémica de 1925. Escribe Torres:

No me metería a discutir el concepto que tiene de la patria mi querido amigo, el notable poeta Miguel Arce, si no fuera porque al exponer sus ideas en este respecto y en artículo publicado aquí mismo, le da buenos refilonazos al mío sobre el indolatinismo, que apareció en LA PRENSA hace dos semanas y le ha servido para hacer una profesión de fe, expuesta con el único fin de poner de manifiesto el egoísmo y el excepticismo de los que como yo, no creen más que en su propia patria. [...] Cuando escribí aquellas insignificantes ironías sobre esa hermandad continental en la que no creo, [...] tenía presente lo que dicen los soñadores de hoy día acerca de la desaparición de las fronteras y la fusión de las razas en un solo grupo humano. [...] Al reírme de los que al ensanchar el amor que sienten por otras patrias tienen que aminorar, naturalmente, la intensidad del que deben sentir por la suya, no hacía más que defender las ideas de patria y de patriotismo que profeso, ya que en ese continentalismo revolucionario

que nos ha resultado aquí de ayer a acá, anda oculto el comunismo que manda borrar las fronteras. Llegará un día, según este dulce bardo que ha cantado a la patria en muy bellas estrofas, en que México deje de ser México para fundirse en una América igualitaria y utópica en que de punta a cabo los hombres nos llamemos hermanos y nos hallemos todos buenos por la sola virtud de la igualdad de lenguas, la paridad de espíritus y el recuerdo del origen. [...] Pero ni siquiera estas patrias del mundo de habla española podrán llegar jamás al prodigio de una confederación latina, porque el progreso humano no es posible sin el amor a la patria, como no es posible la familia sin el amor egoísta que junta entre sí y aparta de los demás a los seres de una misma sangre. [...] La patria se SIENTE: y todo lo demás que se diga de ella es dialéctica pura. Al menos de mí sé decir, que no sentiría la patria viviendo en el Salvador ni en el Perú ni en la Argentina. Para mí la idea de patria, lo diré de una vez, es muy concreta. No es más que esto: MÉXICO. [...] La patria..... es el hogar ausente. (TORRES, 1925b, p. 11)

Vale aclarar, antes que nada, que el indolatinismo sobre el que Torres ironiza es el remanente de la política cultural implementada por José Vasconcelos durante el gobierno del general Álvaro Obregón. En el artículo del 8 de noviembre de 1925, evoca la labor iberoamericanista del antiguo secretario de Instrucción Pública, a propósito del desfile celebrado en la ciudad de México la tarde del 4 de noviembre de 1925, en honor de una delegación de diputados brasileños organizado por la administración del presidente Plutarco Elías Calles. Es importante, por tanto, diferenciarlo de la política en materia de relaciones internacionales articulada por Isidro Fabela, el primer secretario de Relaciones Exteriores de Venustiano Carranza. Éste surge como contrapeso de la Doctrina Monroe en los meses posteriores a la caída de Victoriano Huerta, cuando la sombra de una intervención estadounidense se cernía sobre el país desde la costa veracruzana; es, pues, un instrumento político de factura inmediata, armado bajo presión, que sólo años más tarde logrará consolidarse en la Doctrina Carranza. Aquél trasciende el ámbito de la política hasta alcanzar el de la cultura, inspirándose en



la hermandad continental de los pueblos latinos del cubano José Martí y el uruguayo José Enrique Rodó. Esta aclaración es pertinente en la medida en que tanto el modelo liberal que defiende Torres como el iberoamericanista que impulsa Vasconcelos coinciden al menos en un punto: la crítica feroz al carrancismo. No obstante, mientras que para el autor de “Política menuda” la confederación de pueblos indolatinos es una utopía que la historia inmediata desmiente, para el autor de *La raza cósmica* la hermandad iberoamericana supone “el conjuro creador de una raza nueva, fuerte y gloriosa” (VASCONCELOS, 2009, p. 86). En su artículo Torres funde el desfile del 4 de noviembre con la ceremonia en la que el antiguo secretario de Instrucción Pública entregó al Brasil una estatua de Cuauhtémoc:

Nosotros no vimos más que la parte popular de la manifestación en honor de los hermanos del Brasil. [...] Si hemos de creer a los periódicos, [...] en la Cámara de Diputados, a donde se dirigía el lucido cortejo, hubo explosiones de aplausos, manifestaciones de ternura racial, discursos elocuentes llenos de citas griegas y de amorosas efusiones indolatinas. [...] De la primera impresión [...] no hemos podido sacar ni un átomo de ese amor por el Brasil que según los oradores de anoche existe en el pueblo mexicano tan patente y visible como la estatua de Cuauhtémoc que el señor Vasconcelos le regaló a Río de Janeiro. [...] De cuantos presenciábamos anoche el desfile, [...] parte de la concurrencia sabría apenas vaga y remotamente que hay por ahí una República del Sur a donde fue una vez el señor Vasconcelos llevando un barco abarrotado de músicos y bailadoras; y el resto [...] hubiera asegurado, al preguntársele qué fue a ver al desfile, que lo habían atraído solamente el tambor y el clarín y que lo que le importaba era conocer de cerca a Calles y a los “curros” que le acompañaban. Impresión de sorpresa se puede llamar, por lo tanto, la que sacamos de los periódicos. [...] Buena necedad habríamos de cometer ateniéndonos a esos actos de amistad protocolaria, para descubrir verdaderos sentimientos útiles a la vida de los dos pueblos en caso de apuro (¿qué hizo el Brasil en favor de México cuando el ultraje de Veracruz, en las conferencias del Niágara?). Unos cuantos hombres de la política se abrogan la delegación de sus pueblos y

aparentan desconocer la verdadera psicología de éstos, muy parecida a la de los hombres que sólo saben estar juntos en los banquetes y en los momentos de alegría y al encontrarse en un callejón, en la áspera lucha de la vida, se hacen pedazos disputándose el paso” (TORRES, 1925^a, p. 11, 13).

Queda claro que para el escritor de San Luis Potosí la solución de los problemas mexicanos pasa por la política y no por la cultura. Las amorosas efusiones indolatinas que los diputados toman prestadas del discurso vasconcelista no son útiles en caso de apuro, carecen del amor egoísta que estimula el progreso de los pueblos. Prueba de lo anterior son las gestiones del gobierno brasileño en las conferencias del Niágara. Más todavía, este discurso americanista – que finca su igualitarismo en la paridad de las lenguas romances, la cercanía de las culturas de ascendencia latina y en el recuerdo del origen– ha transformado la política en un espectáculo de tambor y clarín en el que Calles y sus *curros* usurpan el lugar de músicos y bailadoras. La política como espectáculo. La política, también, como impostura que hipostasia la psicología de pueblos que no dudarían en hacerse pedazos en la áspera lucha por la vida. “¿Dónde hay más afinidad de raza, más motivo de acercamiento espiritual y material que en nuestras relaciones con España? [...] ¿Y en qué términos estamos con esos parientes nuestros a quienes persigue en Veracruz el señor Jara y en todo México el señor León con sus mesnadas agraristas?” (TORRES, 1925a, p. 13). Si en el plano internacional y en el nacional no es posible detectar pruebas de hermandad racial el prodigio de una confederación latina vaticinado por los soñadores vasconcelistas es imposible; a lo sumo se incurrirá en simulacros como el de los *curros* del callismo y sus pares brasileños, en el que se oculta el fantasma del comunismo. La patria –le recuerda a su amigo poeta en el artículo del 22 de noviembre– sencillamente se siente y es muy concreta: México. Pero ese México ha desaparecido, no se encuentra en el futuro revolucionario sino en el pasado porfirista, tema que desarrollará años más tarde en su novela *La patria perdida*.



Y es en este punto donde radica la diferencia fundamental entre el liberalismo decimonónico de Torres y el iberoamericanismo social de Arce: lo que en el primero es ausencia en el segundo es aspiración. Veamos la respuesta del escritor tapatío:

Teodoro Torres, recogiendo un guante que le aseguro no tuve la más leve intención de arrojarle, declara su credo de mexicanismo inviolable y sagrado. [...] No se ha tratado de decir algo antimexicanista ni de admitir como posible el revoltijo de todos los pueblos, sino muy por el contrario, algo que va directamente a la grandeza de México como miembro de una familia grande por su conjunto y grande por cada uno de sus individuos. Recuerdo que en mi primer artículo expresé con claridad que dentro de estas tendencias caben perfectamente no sólo el patriotismo, sino el provincialismo mismo, y dije que no hay que soñar con una confederación ibero-americana a base de gobiernos, sino a base de unidad en la intención; no se habla de una nación grande sino de una raza grande, en ascendente comprensión interna. He sido y seré siempre un enamorado de mi patria, de la cual no sólo comprendo las virtudes sino los defectos también, y hasta considero y sostengo que algunos de los que para el juicio exterior son defectos (no es el caso enunciarlos) en último análisis se resuelven en altas virtudes fundamentales que sólo falta dirigir mejor. [...] Para cortar, vaya aquí un resumen, mejor dicho mi resumen: el amor a la patria es cíclico: comienza en el hogar, se afianza en el pueblo natal, se extiende al país y debe ampliarse hasta donde no haya elementos fundamentales opuestos; debe ver hacia la raza toda y ejercitarse para bien de la raza toda, proyectando sobre toda ella la obra y recibiendo de toda ella el reflejo de la obra. (TORRES, 1925b, p. 6)

El ironista del presente añora el pasado y el hombre útil del vasconcelismo trabaja para el futuro: así pudiera resumirse la distancia que media entre la patria ausente de Torres y la obra de *ascendente comprensión interna* que propone Arce. Sin embargo, esto nos daría una imagen estática de lo que en la quinta entrega de “El sabor del momento” llama “sistema de conciencia que se basa en más amplitud, en más sinceridad, en más desprendimiento y en más

elevación para la vida” (ARCE, 1926d, p. 17). Por tanto, antes que asignar posiciones discursivas fijas habría que poner en primer término el carácter cíclico del modelo del joven poeta, lo que por momentos le permite compartir posiciones con el hombre de San Luis Potosí. En este sentido, su definición de amor a la patria es acertadísimo: además de grados, su desarrollo cíclico supone el carácter recursivo de una obra que se proyecta sobre la raza y recibe de ésta el reflejo de la labor realizada. De ahí que al mismo tiempo que declara sagrado e inviolable el credo mexicanista profesado por Teodoro Torres lo amplíe por ambos cabos: en el más particular y concreto sitúa a la provincia y el hogar, en el más general y abstracto a la familia continental. La grandeza del conjunto está en relación directa con la grandeza y mejoramiento de cada uno de sus miembros. Estamos, pues, en presencia de un programa de autoconocimiento periódico: si la noción de raza espolea la comprensión de los elementos internos de cada nación, cada nuevo estadio de entendimiento alcanzado por esas unidades amplía un sistema de conciencia que alberga bloques que no se oponen fundamentalmente entre sí. En la crítica que unos meses después dirige a Federico Gamboa a propósito de la instrucción de los indígenas, resume el funcionamiento interno de esta labor creativa: “Es precisamente de lo que se trata, es lo que se busca: la convivencia de elementos para hacer del país una persona moral y colectiva determinada, vigorosa por la cooperación uniforme de todos sus factores” (ARCE, 1926h, p.13). Si Teodoro Torres ubica la consolidación de México como organismo colectivo en el porfiriato, Miguel Arce –representante de una clase intelectual emergente– está convencido de que la vida institucional del país está por hacerse en la medida en que todavía “tiene un lado blanco para sonreírse ante el espejo de la cultura moderna y tiene un lado moreno para clavarse sobre la tierra en la labor del barbecho” (ARCE, 1926h, p.13). Tras las huellas de Vasconcelos, el tapatío cree que los defectos de la patria responden a la inadecuada dirección de sus virtudes y no a la psicología de los pueblos iberoamericanos.



De lo anterior se infiere que, en su caso, la adopción del discurso vasconcelista cumple simultáneamente con dos propósitos. Por un lado, es la manera más efectiva de asegurar la mediación de la clase intelectual en la incorporación de los nuevos sujetos sociales a la esfera pública, indagando en el habla, folclore, orígenes y derroteros de la nueva raza. Por el otro, es el mejor instrumento para hacerse de un nicho en el panteón de los Gamboa, Salado Álvarez y Torres. Frente al pesimismo o el desdén de la vieja guardia, él se asume como parte de la generación que profesa el “nuevo mexicanismo” (ARCE, 1926f,p. 11):

La generación nueva es optimista; ha sido tocada de ideal, ha sido dotada de intuición, ha sido plena de anhelo y a la vez labora, lucha contra todo obstáculo y contra todo temor; tiende a la armonía del cerebro y del brazo; abrirá una puerta que comunique el gabinete del sabio y el taller del obrero, y a pesar de los que tiemblan de miedo y de los que sonríen de desdén, despierta todas las mañanas con su oración profética en los labios: “Por mi raza hablará el espíritu”. (ARCE, 1926g,p. 13)

Estas palabras parecen ser la respuesta de Miguel Arce a las constantes invitaciones de sumarse al renacimiento espiritual de los pueblos que José Vasconcelos lanzó a los intelectuales mexicanos desde que asumió la rectoría de la Universidad Nacional en 1920. La armonía entre el cerebro y el brazo, por ejemplo, reproduce el mensaje principal de la “Carta abierta a los obreros de Jalisco”, donde el funcionario señala la necesidad de que los profesores se alíen con los trabajadores del estado. “Es menester que intelectuales y trabajadores no se limiten a cruzar saludos de simpatía, sino que se pongan a vivir en íntimo contacto, mejorándose los unos por medio de los otros; aprendiendo el intelectual la santidad que se deriva del trabajo, y conociendo el trabajador la luz que emana de las ideas” (VASCONCELOS, 2009, p. 26). Como señala Claude Fell a propósito del ensayo introductorio de *La raza cósmica*, en la década de los veinte el programa espiritual del vasconcelismo es una

“ideología movilizadora [...] que gira alrededor de la noción confusa de ‘raza’, [...] amalgama de los conceptos de ‘cultura’, ‘civilización’, ‘pueblo’, ‘costumbre’, ‘lengua’, y pretende asimilar, en un sentido prospectivo, los datos aportados por la historia y la ciencia” (2009, p. 639). Por su trabajo consular, no es arriesgado suponer que parte de este material llegara a manos del tapatío antes de la publicación definitiva de *La raza cósmica*, corolario del pensamiento social vasconcelista.⁵ En este sentido, es el primer intelectual ligado al periódico Lozano en sumarse al programa del “maestro de la juventud” (FELL, 2009, p. 568) americana, antes incluso que Rodolfo Uranga, quien llega a participar en la campaña presidencial del 29 como representante general de Vasconcelos en Ciudad Juárez, Chihuahua.

La transformación de Arce debió operarse a mediados de 1925, no antes. En *¡Ladrona!*, publicada ese mismo año pero de la que se tiene noticias desde finales del año anterior, la aversión frente al maderismo es notoria. El personaje de Estremera es prueba de ello. *Sólo tú*, de 1926, es una interpretación más reposada del movimiento armado. En ambas, no obstante, el conflicto se plantea en términos generacionales. Escribe Dennis J. Parle: “Al igual que en *¡Ladrona!* padre e hijo se adhieren a ejércitos contrarios, pero en este caso el padre, aunque es oficial del ejército porfirista, ve con simpatía los ideales de los revolucionarios” (1985, p. 14). La reconciliación surge, me parece, del papel activo que el discurso vasconcelista concede a los intelectuales más jóvenes, lo que le permite reconciliar los valores del hogar paterno que defiende en *¡Ladrona!* con el ideario que imprime el sabor cultural del momento revolucionario.

El sabor iberoamericano del momento

“El sabor del momento” consta de veintiocho entregas dominicales, publicadas entre el 7 de febrero de 1926 y el 5 de septiembre del mismo año.⁶ Las primeras veinticuatro fueron escritas

en Kansas City, Missouri; las cuatro restantes en la ciudad texana. Desde el principio, la columna define los temas que abordará y la manera en que habrán de desarrollarse:

“En el nombre del padre, que fizo toda cosa.....” Así empezó Berceo sus inmortales “Prosas”, y así inició nuestro Manuel José Othón uno de sus poemas mejores, y así hay tendencia ahora, en este siglo de incredulidad y de egoísmo, a comenzar cualquier obra, tal vez porque precisamente el valor de la fe se siente en necesidad mejor que en desprendimiento. [...] Y aunque la fe, como dice el escéptico y negativo Salado Álvarez, lo mismo que las virginidades, una vez perdida no se repone nunca, siquiera sea como llamada al ideal o siquiera sea como recurso estético la nombraremos al embarcarnos en esta serie de crónicas, en esta sucesiva captación de instantes. [...] Huéspedes de esta tierra, habremos de oír y de saber sus cosas todas, pero no nos moverán a decir nada sino cuando coincidan muy hondamente o muy sensiblemente choquen con las nuestras propias; el comentario que nos arranquen será entonces nuestra interpretación del todo personal y sincera, sin más pasión que la ineludible en quienes nos preciamos todavía de una aspiración más allá de la confrontación. Desde luego, creemos en dos temas: el porvenir de la raza y el dominio de la espiritualidad sobre las funciones estomacales. Con estos dos remos, no importa las aguas que surquemos, aunque sea en un ir y venir que parezca frívolo y estéril, desigual, loco. Tal vez el lector se cansaría de un viaje en línea recta. Para eso sirven los libros, no las crónicas. (ARCE, 1926b, p.11)

Con el propósito de documentar su peregrinaje por Missouri, Miguel Arce elige la crónica como el dispositivo narrativo más eficaz, más maleable, para organizar el cúmulo de información recibida. Los libros, apunta, suponen un viaje en línea recta, una ruta fijada con antelación. En tierra extranjera se va a la deriva, sin otro recurso estético o ideal que la fe. Quizá esto explique la función que cumplen los pueblos tradicionales en la estructura de sus novelas: las costumbres y valores que éstos contienen posibilitan la crítica dirigida a los excesos de la Revolución mexicana. Su concepción de este género, entonces, coincidiría con las ideas expuestas por José López-

Portillo y Rojas en 1906 y Federico Gamboa en 1914: el cultivo de la novela entre las naciones es prueba de su madurez social, llamada a perpetuar la fisonomía moral de la tierra en tiempos de crisis. Si México no existe todavía como organismo colectivo, existe al menos como ideal cultural de la raza, en espera de generalizarse. Si en los libros de costumbres mexicanas este patrón está dado de antemano por el consenso de unos cuantos, en la ciudad de Kansas, donde “huele a chamusquina infernal por don de las empacadoras” (ARCE, 1926b, p.11), todo está a la espera de ser medido en el baremo del nuevo programa espiritual del mexicanismo. El porvenir de la raza y el dominio de la espiritualidad se presentan entonces como formas metafóricas de los remos que darán rumbo y permitirán la sobrevivencia del grupo en la corriente discontinua del extranjero.

La elección de la crónica, por un lado, responde a la incertidumbre del viaje; por otro, a cierta flexibilidad que le permite capturar instantes significativos en función de la coincidencia o disonancia del mundo anglosajón con la heredad mexicana. Ésta, de acuerdo con el “Canto del regreso de Othón”, poema al que alude, hunde sus raíces en la lengua y la fe de Berceo, los troncos de la casa paterna, el paisaje vernáculo, las memorias sagradas y las mujeres de provincia. Estos serán los temas en los que se detendrá en ese triste y “amargo destino de subir los peldaños de la escalera ajena” (OTHÓN, 1974, p.134). Como en el canto del poeta potosino, el regreso a la tierra de la infancia, transmutado aquí en rasgos culturales con los que el narrador tropieza en su peregrinaje por Estados Unidos, le permitirá continuar “el viaje por [...] sendas perdidas, pero ya confortado” (OTHÓN, 1974, p. 136), seguro de encaminarse, como el mismo anota, al valle optimista.

Arce, como se ve, no reniega del antiguo mexicanismo, sino del carácter elitista de sus oficiantes. La fe que declara perdida, citando al negativo Salado Álvarez, pudiera referirse a las revueltas que violentaron la tranquilidad del país. En todo caso, distingue entre revoluciones políticas y revoluciones sociales o ideológicas. Estas

últimas “tienen por objeto barrer las causas de las pseudo-revoluciones, llamadas revoluciones políticas en el lenguaje convencional” (ARCE, 1926f, p.11). Así, la misión de la generación más joven es correctiva:

Todo fallo que detenga la marcha de la juventud ahora que con más vigor que nunca se ha atrevido a rectificar los dogmas de los patriarcas, tiende a malgastar los esfuerzos realizados, el sudor y la sangre de los que han visto que es precisa la corrección de muchos sistemas. Está bien atajar las marejadas del entusiasmo, del líder ideal sin ética; para ello subsisten y subsistirán las viejas adquisiciones, los hallazgos de principios morales que por su esencia misma son inmutables. Ese es el valor del pasado, insustituible, básico. Pero la rectificación de tantos otros que no tienen, más consistencia que la corteza del uso o del prejuicio, urge y se está haciendo, porque la juventud ha observado el fracaso a que hasta el día han estos principios arrastrado a las naciones. Y al decir aquí juventud no se habla de los hombres de pocos años necesariamente, sino de todos los que aspiran a la renovación de valores, de todos los que son jóvenes en el anhelo. (ARCE, 1926i, p.11,13).

En la cita anterior, la Revolución deja de ser popular para transformarse en una lucha de anhelos entre intelectuales. En un acto de economía social, la marcha de la juventud hace valer la sangre de aquellos que se rebelaron contra los dogmas de los patriarcas. Sin embargo, la ética del ideal debe acotar el entusiasmo desmedido de los nuevos actores sociales. Si el ideal, de acuerdo a lo expresado por el columnista, radica en el fortalecimiento de la raza, en la ampliación interna y externa de su base social, ésta debe normarse por el espíritu, esto es, por la cultura. En la versión de Arce, el lema universitario “Por mi raza hablará el espíritu” significa justamente eso: por los pueblos iberoamericanos hablará la cultura de los letrados. Asumiendo las lecciones del reciente fracaso nacional, aquellos que aspiran a la renovación de valores habrán de depurar las viejas adquisiciones de prejuicios o formas huecas. La marcha de la juventud, como puede observarse, opera entonces en distintos

niveles y con distintos propósitos. En uno de ellos, actúa como sinécdoque, invirtiendo la relación entre los intelectuales y las aspiraciones de la revuelta popular: son los letrados los que dotarán de espíritu a las reivindicaciones políticas del pueblo. En otro, fragmenta el grupo de los posibles líderes morales de esa revolución social (ideológica), señalando diferentes actitudes: mientras que los que se identifican con la tarea rectificadora de los jóvenes avanzan, los patriarcas se instalan en la negatividad. Uno más universaliza el concepto de raza, institución cultural, idiomática y religiosa donde los jóvenes letrados modulan el entusiasmo de los sujetos que recién emergen en el escenario político. En una carta dirigida al autor de “El sabor del momento” desde México, Heberto Sein⁷ resume la misión de estos obreros intelectuales en los poblados y rancherías de la nación. Arce cita por extenso las palabras de su amigo:

Por la ventana [del tren] veo una familia de nuestra gente pobre. En esta familia se concentran todos los problemas: el económico, el educacional, el religioso, el cultural. Esta es mi gente, su gente; de esta gente tenemos que hacer patria, y patria grande, libre, sana. Sana he dicho, porque hay que principiar ahí en algunos casos. Para ver las cosas con claridad hay que hacer limpieza primero. Limpiar, limpiar, pero limpiar con cariño, con paciencia, con amor. ¡Quién tuviera energía para trabajar sin descanso! La mies en verdad está lista, pero son pocos los obreros. (ARCE, 1926f, p.15)

Durante unas vacaciones en Matehuala, su pueblo natal, este representante del nuevo mexicanismo en estados Unidos, país en el que se educó, ofrece una imagen del campo potosino que incurre en la misma inversión de términos de Miguel Arce. La limpieza de la Revolución ha puesto las cosas en claro, hay un pueblo en el que se concentran todos los problemas nacionales. La solución de éstos, sin embargo, no radica en la acción directa del pueblo, sino que requiere de la mediación de los pocos actores cualificados, capaces de hacer patria, de emprender una tarea manumisora. Los problemas



de la familia que él observa desde la ventana del tren dejan de estar fuera, en el marco político, para habitar sus cuerpos. El diagnóstico es claro incluso a la distancia: ahora que la lucha armada los ha liberado del yugo patriarcal, es en el cuerpo y en el espíritu de esta gente en los que hay que intervenir, sanándolos y limpiándolos con cariño. El trabajo de hacer patria, de cosechar, se estandariza, sólo se concede a los pocos obreros capaces de poner en circulación formas simbólicas que reproducen los valores e intereses de las clases medias ilustradas, marco de referencia que se promueve como el óptimo para la nación. Con ello, Sein niega toda agencia a los actores sociales que liberó la revolución, al menos temporalmente. El modelo intelectual de Sein, Arce y Vasconcelos es el de los misioneros evangélicos, “el ejército de los educadores que sustituya al ejército de los destructores” (VASCONCELOS, 2009, p.14) en la regeneración de los oprimidos. En la entrega de “El sabor del momento” titulada “Mi San Francisco”, el tapatío adapta este modelo a su circunstancia personal:

Más que todo lo que perfila al que pudiéramos llamar santo vulgar, tiene éste para mí el mérito de esa ternura hacia todos, de esa ansiedad de ir a todos, de expandir su propia naturaleza y fundir en ella a todos. Es la diferencia capital entre San Francisco y otros personajes de la historia religiosa; la cantidad de éxtasis, de emoción interna, de finalidad personal, se perdería ante la acción exteriorizada; era hombre de pasión y de obras; el sentir no debía parar en el sentir sino que tenía que parar en los actos; no bastaba orar, era necesario caminar, cruzar la largura de Italia, llegar con los pies desnudos y ensangrentados hasta España, ir al África y a la Siria; predicar, escribir, organizar su orden, construir templos, decir y ejemplarizar, sentir y salirse de sí mismo. [...] Nunca como ahora se nota la necesidad de un franciscanismo moderno; y ese franciscanismo, en la forma siglo veinte que se ejercite, debe sin embargo tener la misma fuerza directriz de amor y de desprendimiento. Se necesita al escritor que venga a perfilar al santo nuevo, al santo que no tendrá altares, al santo que no encarne en un solo hombre de prodigio sino que flote en esencia sobre la tierra como un aura común a las multitudes. Se necesita que alguien nos diga, de un modo tan claro como el día, tan fácil como

el agua, cómo debe ser el sujeto o cómo debe ser el postulado, el sentimiento, la teoría, lo que se quiera, que concilie las crudas formas impuestas por el progreso con la emoción y la intuición de la virtud y del sacrificio. [...] ¿Quién nos dirá cómo pasar del franciscanismo religioso al franciscanismo social, pero sin dejar de ser franciscanismo? (ARCE, 1926a, p.11)

El carácter trashumante del fraile italiano le permite ampliar la base de los directores espirituales del vasconcelismo. Éstos, en su peregrinaje por Estados Unidos, habrán de ir a las multitudes, no para fundirse en ellas, sino para integrarlas en la naturaleza que ellos mismos encarnan. El éxtasis del mexicanismo ha de transformarse en acciones y en obras que enriquezcan la fisonomía de la raza. En la columna dedicada a Heberto Sein, por ejemplo, el tapatío reactiva el arielismo de José Enrique Rodó cruzándolo con la misión vasconcelista: inculcar en obreros y agricultores “la moral, tal cual la entendía Rodó, como estética de conducta; [...] el optimismo que sueña y labora; [...] el espíritu de servicio, de renuncia, sin renunciar a la dignidad y a la ambición personales; y el mexicanismo”, a pesar de que muchos intelectuales no admitan que el país, detrás de sus defectos, posea virtudes capaces de fortalecerlo (ARCE, 1926f, p.11). El franciscanismo social del siglo XX, contrario a lo que se afirma al final de la cita, tiene un orquestador predeterminado, un agente: el escritor o los escritores que, en el ejercicio de su tarea, habrán de normar la conducta de los sujetos, conciliando las formas impuestas por el progreso con la emoción, la virtud y el sacrificio que esta orden predica. En esta labor patriótica, cómo no, los poetas “son el punto presente en donde se condesan lo sucedido y lo que debe suceder, aquello por el sentimiento heredado y esto por la facultad de profecía” (ARCE, 1926c, p.11). Los grandes poetas, concluye, tendrían la capacidad de traducir la sabiduría del pueblo.

Si el vasconcelismo le permite a Arce dar acomodo a las inquietudes de los jóvenes, atribuyéndoles un rol activo en el desarrollo de la nación, no pasa lo mismo con las mujeres. Si bien es

cierto que reconoce a éstas un lugar y una función dentro de la confederación espiritual de naciones iberoamericanas, su conducta e intereses quedan supeditados al ideal de raza, en el que se oculta la fuerza directriz de los letrados, la norma que este grupo quiere imponer sobre los nuevos sujetos nacionales. En la entrega del 15 de agosto de 1926, “El sabor del momento” publica una carta dirigida a una “inteligente amiga” (ARCE, p. 11), con el propósito de responder a las inquietudes de ésta en torno a “la condición de nuestra mujer” (ARCE, p. 11) y el feminismo:

La mujer mexicana necesita muy poco para mejorarse, pues posee intactas las cualidades que ennoblecen a su sexo, las virtudes que el más exigente reformador, en el terreno del ideal, deseara para la mujer de su patria. Los que necesitamos mejorarnos en mucho somos los hombres de México, que somos los que impedimos el que nuestra mujer encuentre para sus virtudes la compensación que merece, no en el terreno de las alabanzas, sino en el de las ventajas materiales y en el de la ilustración uniforme y amplia, haciendo desaparecer las cortapisas que hoy se le ponen para alcanzar alguna independencia social y económica, sin que esa independencia signifique renuncia a la misión que naturalmente tiene encomendada, pues contra esa misión no tiene derecho de protestar, porque no se debe a las instituciones humanas, sino a destinos ineludibles fuera de nuestra aprobación o de nuestra desaprobación, y toda corrección que se quiera hacerle, resultará infructuosa y perjudicial, a menos que se admita el principio de que la conveniencia personal no tiene que mirar a la conveniencia de la especie, principio que repugna con todo ideal étnico y ético. Hay para la mujer funciones especiales en el concierto humano y el hombre está obligado a hacerle llevadero el cumplimiento de esas funciones en su mayor amplitud, con la mayor nobleza y con el menor esfuerzo, por lo cual a él toca, ya que dispone de más vigor físico aprovechable en mayor tiempo, luchar por el progreso económico de la colectividad, [...] sin que por esto evite el que lo haga la mujer cuando se encuentre en condiciones en que pueda y necesite hacerlo, abriéndole libre campo para considerarla como compañera y colaboradora y, cuando el talento de la mujer se imponga, concederle superioridad y hasta admitirla como directora. Este, el de que la mujer se enfrente al problema

económico de la vida, es el caso especial, no el ideal. Cuando se le admite en términos absolutos, el valor de la mujer se deprime y el valor del hombre se deprime también. El de la mujer por lo que abandona las cosas esenciales de su destino y el del hombre por lo que relaja el concepto de la dignidad masculina, entendida esa dignidad como obligación de lucha material y pesada. Las razas se salvan en los hogares. Las razas que han logrado perpetuarse lo deben a las madres y no a los políticos ni a los sabios. La dignidad de cada ciudad, de cada nación, de cada raza, se mide por el valor que da a la palabra “hogar”. [...] Nuestros países hispano-americanos, siempre ebrios de revoluciones, [...] se distinguen sin embargo por su espíritu de resistencia y por su fe en prolongarse en el tiempo, debido principalmente, no a las conquistas o ensueños políticos, sino al vigor de sus hogares, en que cada mujer, en su suavidad y en su resignación, en su fecundidad y en su sacrificio, ha sostenido las patrias milagrosamente. [...] tampoco quiero decir que la mujer sea una esclava del hogar, a la usanza antigua; no, digo que la mujer reine en el hogar y que éste sea de tal modo cuerdo, de tal modo abierto, de tal modo feliz, que se prolongue hasta la sociedad, como un gran hogar de la raza, donde se le rinda el homenaje que ha ganado y se le proporcione expansiones y divertimento y desarrollo que no sean negativos de su condición natural, a la vez que intensifiquen el sentimiento de unidad, de respeto mutuo, de amor, que debe salvar a las generaciones futuras. (ARCE, 1926e, p.11,13)

Como en el caso de los intelectuales y las aspiraciones de la revuelta popular, Miguel Arce invierte los términos de la discusión. Para ello, hace que el tema de las reivindicaciones feministas dependa del tema más general del buen funcionamiento de la patria. Desde el interior de este marco institucional, llamado a reproducir los intereses de género de los nuevos reformadores, el columnista declara intactas las virtudes de la mujer mexicana. Ella, como el resto de sus compañeras hispanoamericanas, responde punto por punto al ideal nacionalista: es suave, resignada, fecunda y sacrificada, atributos todos que garantizan el porvenir de la raza. Delimitado el territorio en el que habrá de

desarrollarse el intercambio de formas simbólicas, el autor racionaliza acerca de lo que podríamos llamar la economía política de la patria. Si las cualidades de la mujer mexicana no son recompensadas debidamente, esto se debe a que el hombre no ha sabido otorgarle las ventajas materiales y educativas para que alcance alguna independencia social y económica. El hombre mexicano, escribirá más adelante, “más atiende a las cosas callejeras, entre ellas a la política, sin haber establecido previamente la política doméstica” (ARCE, 1926e, p.11). Quien necesita mejorar, por tanto, es el hombre, no la mujer mexicana. Esta cadena de razonamientos busca justificar la división de la patria en espacios femeninos y masculinos, lo que conlleva a su vez una naturalización de la división del trabajo basada en “las características fisiológicas y las diferencias entre los sexos” (THOMPSON, 2002, p. 99). Si la mujer, por su capacidad de perpetuar biológica y culturalmente a la especie, está llamada a reinar en el hogar; el hombre, que dispone de mayor vigor físico aprovechable por lapsos más largos, tiene la obligación de luchar por el progreso económico del grupo en los espacios públicos. Si estas leyes naturales se reproducen en el espacio social de la nación, la mujer estará en mejores condiciones de cumplir con las funciones propias de su sexo, recibir una educación integral y recrearse en actividades que no contravengan su condición femenina. Habiendo establecido la política doméstica, el hombre a su vez podrá interesarse “por los asuntos de la comunidad, pues es obligación sagrada con resonancias en su propio bien” (ARCE, 1926e, p.11).

Los límites de una patria ampliada

Como puede apreciarse, el énfasis de “El sabor del momento” está puesto en el bienestar de la comunidad antes que en la del individuo. Toda corrección particular que intente superponerse a

este fin comunitario atenta contra el ideal étnico y ético del México de Afuera en su versión vasconcelista.⁸ Si, como indica Carolina Villarroel, la lucha armada de la pasada década había abierto la posibilidad de redefinir los roles de género, los nuevos y antiguos defensores del mexicanismo tratarán de contener las marejadas de entusiasmo. Escribe Villarroel: “La Mujer Mexicana [...] era la encargada de preservar el orden entre los espacios públicos y privados y la moralidad” (2008, p. 7). Si Angelina Elizondo de García Naranjo, el caso más representativo, supo encontrar en el interior de este modelo espacios de oportunidad lo bastante amplios para mejorar la posicionalidad de la mujer mexicana en la estructura de la patria, la educación e independencia logradas seguían respondiendo a la función de esposa, madre e instructora del grupo. Como en Arce, el concepto tradicional de mujer se mejora, la base de la nación se amplía, pero la norma de los letrados (patria en el caso de los más conservadores, raza en el de los más liberales) permanece.

El poeta tapatío, en un acto de pragmatismo poco frecuente, llega a considerar la excepción de la norma: “santo derecho tiene ella de trabajar y de bregar por su independencia política cuando no cuenta con un apoyo masculino directo; [...] pero cuando el hombre existe, aquel derecho de la mujer debe convertirse para él en obligación” (ARCE, 1926e, p. 11). Este, sin embargo, es el caso especial, no el ideal, y como tal debe tratársele. Hacerlo regla demeritaría los valores naturales de los sujetos nacionales: el de la mujer, salvaguardar y corregir en el hogar a la raza hispanoamericana, siempre ebria de revoluciones; el de los hombres, ejercitar su vigor físico en el campo laboral, con el propósito de satisfacer las necesidades materiales de la familia.

Como puede apreciarse, si en el plano teórico la noción de raza supone un programa de autoconocimiento periódico, en la práctica esa periodicidad se niega, revelándose como un símbolo de unidad llamado a diluir las demandas de algunos de sus miembros en el programa general de sus dirigentes.



Referencias

- ARCE, M. *¡Ladrona!* México: Instituto Nacional de Bellas Artes, 1985.
- ARCE, M. *¡Ladrona!* San Antonio, Texas: Casa Editorial Lozano, 1925a.
- ARCE, M. El sabor del momento. *La Prensa*. San Antonio, Texas, 01 agosto 1926a. Página Editorial, p. 11.
- ARCE, M. El sabor del momento. *La Prensa*. San Antonio, Texas, 07 febrero 1926b. Página Editorial, p. 11.
- ARCE, M. El sabor del momento. *La Prensa*. San Antonio, Texas, 14 febrero 1926c. Página Editorial, p. 11.
- ARCE, M. El sabor del momento. *La Prensa*. San Antonio, Texas, 14 marzo 1926d. Página Editorial, p. 17.
- ARCE, M. El sabor del momento. *La Prensa*. San Antonio, Texas, 15 agosto 1926e. Página Editorial, p. 11, 13.
- ARCE, M. El sabor del momento. *La Prensa*. San Antonio, Texas, 20 junio 1926f. Página Editorial, p. 11, 15.
- ARCE, M. El sabor del momento. *La Prensa*. San Antonio, Texas, 25 julio 1926g. Página Editorial, p. 13.
- ARCE, M. El sabor del momento. *La Prensa*. San Antonio, Texas, 27 junio 1926h. Página Editorial, p. 13.
- ARCE, M. El sabor del momento. *La Prensa*. San Antonio, Texas, 30 mayo 1926i. Página Editorial, p. 11, 13.
- ARCE, M. La ruta. *La Prensa*. San Antonio, Texas, 20 octubre 1920. Cultura, p. 5.
- ARCE, M. Mi idea Patria. *La Prensa*. San Antonio, Texas, 30 noviembre 1925b. Página Editorial, p. 6.
- ARCE, M. *Sólo tú*. San Antonio, Texas: Casa Editorial Lozano, 1928.
- FELL, C. *Josê Vasconcelos: los años del águila, 1920-1925. Educación, cultura e iberoamericanismo en el México posrevolucionario*. México: UNAM, 2009.
- GAMBOA, F. *La novela mexicana. Conferencia leída en la Librería General el día 3 de*

- enero de 1914*. México: Eusebio Gómez de la Puente Editor, 1914.
- GAMIO, M. *El inmigrante mexicano. La Historia de su vida. Entrevistas completas, 1926-1927*. México: SEGOB-INM-UC Mexus-CIESAS-Porrúa, 2002.
- GARCÍA NARANJO, N. *Nueve años de destierro. Memorias octavo tomo*. Monterrey, N.L., México: Talleres de *El Porvenir*.
- GONZÁLEZ, A. *Carranza: novela de la Revolución*. San Antonio, Texas: Casa Editorial Lozano, 1928.
- GUISA Y AZEVEDO, J. La esencia de la revolución. *La Prensa*. San Antonio, Texas, 05 julio 1928. Página Editorial, p. 3.
- KANELLOS, N. *Hispanic periodicals in the United States. Origins to 1960. A brief history and comprehensive bibliography*. USA: ArtePúblico Press, 2000.
- KANELLOS, N, ed. *The Greenwood encyclopedia of Latino literature*. Westport, Conn: Greenwood, 2008.
- LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS, J. *La novela. Breve ensayo presentado a la Academia Mexicana*. México: Tip. Vizcaíno y Viamonte, 1906.
- OTHÓN, M. J. *Poesías y Cuentos*. México: Porrúa, 1974.
- PARLE, D. “Prólogo”. En Miguel Arce: *¡Ladrona!* México: Instituto Nacional de Bellas Artes, 1985. 7-14.
- RECINOS, L. F. “Familia Arce”. En Manuel Gamio: *El inmigrante mexicano. La historia de su vida. Entrevistas completas, 1926-1927*. México: SEGOB-INM-UC Mexus-CIESAS-Porrúa, 2002. 307-312.
- S/A. Sociales y personales. *La Prensa*. San Antonio, Texas, 10 abril 1925. Página Local, p. 10.
- SALADO ÁLVAREZ, V. *Ladrona*. *La Prensa*. San Antonio, Texas, 03 mayo 1925. Página Editorial, p. 13.
- SMITH, A. D. *Nationalism. Theory, ideology, history*. USA: Blackwell Publishing Ltd, 2001.
- THOMPSON, J. B. *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*. México: UAM, 2002.
- TORRES, T. *¡Ladrona!* Novela mexicana de Miguel Arce. *La Prensa*. San Antonio, Texas, 10 diciembre 1924. Página Editorial, p. 3.



TORRES, T. Cartas de nuestra tierra. *La Prensa*. San Antonio, Texas, 08 noviembre 1925a. Página Editorial, p. 11, 13.

TORRES, T. Mi idea de la patria. *La Prensa*. San Antonio, Texas, 22 noviembre 1925b. Página Editorial, p. 11.

URANGA, R. Glosario del día. *La Prensa*. San Antonio, Texas, 13 febrero 1928. Portada, p. 1.

VASCONCELOS, J. *Discursos. 1920-1950*. México: Editorial Trillas, 2009.

VILLARROEL, C. *La mujer mexicana ante el feminismo: nación, género, clase y raza en la literatura femenina del destierro (1910-1940)*. Diss. University of Houston, 2008.

WEBER, D. “Introducción”. En Manuel Gamio: *El inmigrante mexicano. La historia de su vida. Entrevistas completas, 1926-1927*. México: SEGOB-INM-UC Mexus-CIESAS-Porrúa, 2002.

Notas

²El México de Afuera es un discurso que promueve la preservación del idioma español, la religión católica y el mexicanismo en el extranjero. Ver “La ciudad dual y las publicaciones periódicas en la formación del México de Afuera. San Antonio, Texas, 1870-1938”, en *Literaturas em foco. Reentrâncias regionais*, São Paulo, Arte & Ciência Editora, 2014, pp. 71-97. “Por la patria; por la raza”, en *Cathedra. Revista de humanidades y ciencias sociales de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León*, México, UANL, 2016, pp. 255-261.

³ La primera colaboración que se pudo localizar data del 20 de octubre de 1920: un poema titulado “La ruta” (ARCE, 1920, p. 5).

⁴*La Prensa*: noviembre 15, 29 y 30 de 1925.

⁵ Como se sabe, este libro surge del diario de viaje que llevó Vasconcelos durante su gira por Brasil y Argentina en 1922. No sólo eso, también reproduce artículos de tema latinoamericano aparecidos ese mismo año en la prensa de aquellos países y el *Boletín de la SEP*. Si el ensayo introductorio data de 1924-1925, su contenido debe mucho a la línea de acción y pensamiento acometida por el autor antes 1920 (FELL, 2009, p. 639). De ahí que no crea erróneo hacer extensivas las opiniones de Claude Fell a propósito del ensayo introductorio de *La raza cósmica* al vasconcelismo en general.

⁶ Sólo la entrega del 3 de mayo se publica en lunes; no se da ninguna explicación al respecto. La entrega del 4 de abril se publica bajo el nombre de Julio G. Arce; un día después aparece una nota aclaratoria en la página 3 del diario *La Prensa*. La columna no apareció en las semanas correspondientes a las entregas del 21 de febrero, 9 de mayo y 4 de julio.

⁷ Nacido en 1898 en Matehuala, San Luis Potosí, Sein fue fundador de Friend Meetings and Friends House en la ciudad de México y traductor en la Liga de Naciones y la Organización Internacional del Trabajo.

⁸ Si bien el México de Afuera es un discurso ideológico, éste contiene diferentes manifestaciones. La división más notoria la establecen los desacuerdos en torno a la idea de patria. Mientras que los antiguos liberales señalan a la patria como el marco de intercambio simbólico de lo mexicano (Nemesio García Naranjo, José Ascensión Reyes, Teodoro Torres), los nuevos liberales apuestan por el concepto de raza iberoamericana (Miguel Arce, Rodolfo Uranga).

Recebido em 12/09/2019